

¿Por qué voluntariado?

Mirko Gerolin (Director Técnico de Gorabide)
Maite Fernández (Directora del Servicio de Tiempo Libre de Gorabide).

...para saber, como Pitágoras o Sherlock Holmes, atender a aquello que “no importa”, es necesario tener unos esquemas lo bastante blandos y borrosos como para que la experiencia de la realidad pueda estructurarse de una manera nueva...

Xavier Rubert de Ventós, Por qué filosofía 1990.

El voluntariado es la manifestación de valores sociales que siempre han estado presentes en la historia de la humanidad y que se sustentan en la creencia de que la solidaridad es una buena apuesta para hacer de este mundo un lugar mejor.

Las causas en beneficio de las cuales se articula el compromiso voluntario pueden ser muy variadas: causas sociales, en defensa del medioambiente,... También lo son las formas de materializar dicho compromiso: más formal o estructurado cuando se realiza a través de organizaciones no lucrativas, y más informal y menos estructurado cuando se realiza a título individual,... pero el denominador común a todas ellas es la decisión libre y desinteresada de trabajar para cubrir una necesidad real y ajena.

Entre la década de los 70 a los 90, el voluntariado vinculado a movimientos sociales tuvo su momento álgido. Este tipo de voluntariado, caracterizado por un elevado compromiso social, una clara faceta reivindicativa y una vocación de agente transformador de la sociedad, ha ido perdiendo algunos de estos rasgos característicos hasta el punto de que hoy, no es poco frecuente oír hablar de la crisis del voluntariado. Sin embargo, en esta crisis del voluntariado, en las asociaciones y entidades vinculadas al Tercer Sector, se ha incrementado el número de personas voluntarias. Gorabide (Asociación vizcaína en favor de las personas con discapacidad intelectual) es una de ellas, donde en la creencia de que el voluntariado es un valor añadido en la entidad, se cuenta con personas voluntarias para el apoyo a las personas con discapacidad en programas de ocio. Las 365 personas que colaboran en esta entidad, como en muchas otras, no están en “crisis”.

Ahora bien, desde este modelo de voluntariado vinculado a la calidad del servicio, las entidades tenemos claro que esta “calidad” depende de la actitud, aptitud y posibilidad de actuación de las personas, por eso, es nuestra responsabilidad el fomentar un voluntariado que dedique tiempo no únicamente a la acción si no también a la planificación y a la formación.

Desde modelos de participación en los que construimos y compartimos con otros , valores, experiencias, compromisos y motivaciones, vamos dando sentido a nuestra colaboración en proyectos de diferentes índole, y es en ese momento cuando se produce el cambio.

Por eso, quizá, más que hablar de crisis del voluntariado, debiéramos hablar de un cambio en la manera de expresar la participación voluntaria. Al fin y al cabo, la forma en que las personas deciden ser voluntarias depende mucho de la realidad cultural y social en la que han vivido. Y es posible que un contexto social y cultural como el actual, en su conjunto más individualista y materialista que el de las décadas anteriores, no propicie excesivamente la cultura de la solidaridad.

Sea como fuere, a la luz de lo descrito anteriormente, no podemos afirmar que el voluntariado sea una reminiscencia de nuestra historia cercana. Tampoco parece que podamos hablar de una moda que caducó con la entrada en nuestra sociedad de una manera más individualista de entender la vida. Entender el voluntariado en estos términos nos abocaría a reconocer su contribución histórica, asumiendo implícitamente la necesidad de pasar página.

Lo cierto es que el voluntariado puede ser hoy, y quizá mañana, una respuesta a necesidades sociales que no se circunscriben únicamente a los colectivos desfavorecidos y a los animales en vía de extinción. En una sociedad en crisis, y no hablamos aquí de crisis económica sino de crisis de valores, quizá el voluntariado se convierta en una manera de contrarrestar la espiral de individualismo, materialismo y hedonismo en la que nos hallamos sumergidos. Salvador García, en su libro *la dirección por valores* hace una reflexión interesante: según él, para modificar conductas, más que pretender cambiar directamente actitudes, lo que hay que hacer es modificar los valores y creencias que las preceden. ¿Podemos recuperar el valor del amor, del compromiso, de la ayuda y del servicio?

Estas ñoñerías parecen haber caducado y hasta hace poco, su importancia pasó desapercibida ante nuestros ojos. Daniel Goleman, en su famoso libro de 1996 *Inteligencia emocional* aporta una enciclopedia de datos que apuntan a que algo nos estamos perdiendo al obviar la parte emocional de nuestra inteligencia. Únicamente a modo de ejemplo citaremos el estudio de Thomas Achenbach y Catherine Howell¹, en el que compararon la situación emocional de niños y adolescentes a mediados de la década de los setenta y a finales de la década de los ochenta y demostraron la existencia de un claro descenso en el grado de competencia emocional. En términos generales se referían a tendencia al aislamiento, mal humor, soledad, excesivos miedos, nerviosismo, tristeza, depresión, problemas de atención, delincuencia, agresividad. Me parece especialmente interesante este estudio porque resulta que los niños y adolescentes de entonces, son los adultos de ahora.

Si todo esto es cierto, parece obvio preguntarnos ¿en qué nos hemos equivocado? Daniel Goleman apunta una posible causa: "...durante mucho tiempo, los educadores de los escolares han estado preocupados en las

¹ Are american children problems getting worse? A 13-year comparison en journal of American academy of child care in context: cross-cultural perspectives (Englewood, Nueva Jersey: Lawrence Erlbaum, 1992)

matemáticas y el lenguaje, pero ahora están comenzando a darse cuenta de que existe una carencia mucho más apremiante, el analfabetismo emocional.” Claro está que no es justo culpar a los educadores de todo esto. En realidad, nuestra civilización, obnubilada por los avances tecnológicos, ha obviado la necesidad de una alfabetización emocional. Probablemente el reto al que nos enfrentamos hoy, consiste precisamente en recuperar la faceta emocional de nuestra inteligencia y sustentar sobre ella nuestra inteligencia racional.

Quizá, el voluntariado pueda convertirse en un medio para lograr esto. Así entendido adquiriría una dimensión más amplia de la que tenía hasta ahora. Al fin y al cabo, para sensibilizar a la sociedad sobre las necesidades de las personas desfavorecidas hemos necesitado sensibilizarnos a nosotros primero. No podemos ayudar a otras personas sin que esa experiencia nos transforme; y en esa transformación recibimos la ayuda de aquel al que estamos ayudando.

Cambiaríamos entonces la creencia de que unas personas dependen de otras por la creencia de que las personas somos interdependientes. Una relación de dependencia hace que uno se posicione en el rol del que recibe y el otro en el rol del que da. En una relación de interdependencia ambas personas reciben y dan y por consiguiente ambos se enriquecen con la relación y se reconocen como individuos.

